


# Celebración y conjuro por Juan Rulfo (1918-1986)

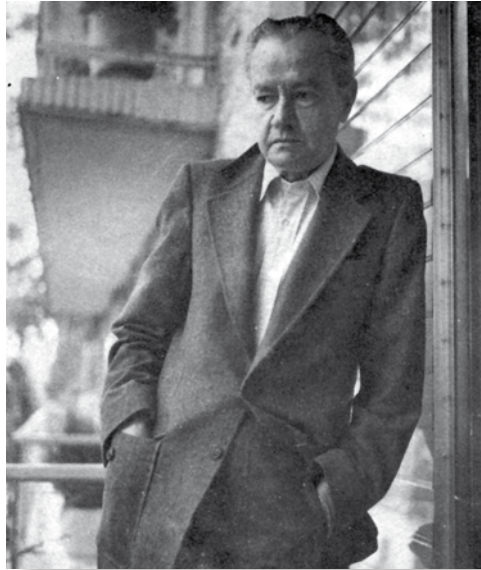
 principios del año de 1986, el martes 7 de enero, como si se hubiera esperado nada más a contemplar la devastación y el horror telúrico del 19 de septiembre de 1985, pero también las acciones heroicas del sector humilde y popular del D.F., murió, a los 67 años de sus días terrenales, el escritor mexicano–universal Juan Rulfo.

“El pueblo mexicano tiene dos obsesiones / el gusto por la muerte y el amor a las flores”, escribió el poeta Carlos Pellicer. A Juan Rulfo, en cambio, la Némesis o el hado literario, los implacables dioses (mexicas) de la poesía, la flor y el canto de los *Tlamatinime* ancestrales, el espíritu y la voluntad de los antiguos señores de la sabiduría, de los varones de conocimiento, lo condenaron a redactar una obra clásica de la literatura hispanoamericana del siglo XX. Esa obra está integrada, como una doble máscara de labrado pedernal, por *El llano en llamas* (un libro, es decir, un cuerpo, un organismo literario que respira y se expresa a través de diecisiete relatos ejemplares y renovadores para nuestra narrativa de tema rural) y por su concentrada, mágica, singular y plural novela *Pedro Páramo*.

El secreto y la receta para escribir *Pedro Páramo* se los llevó Rulfo, literalmente, a la tumba. Sólo él supo y pudo hacerlo. Como sólo Cervantes podía escribir *El Quijote*. Ambos autores tuvieron que pagar, con palabras y

vida verdaderas, el don fatal de la belleza: la condena de Prometeo: soportar en vida a los buitres de la crítica como castigo por alterar el orden establecido desde el parnaso oficial, por la humilde soberbia de repartir el fuego a los hombres... y a los intelectuales.

*Pedro Páramo* es también una obra irrepetible, intensa; esa obra posee, como escritura que abarca la vida y el misterio de todo un pueblo, su propio secreto de construcción; muestra una esmerada, apasionante y apasionada labor de precisiones deslumbrantes, tanto en los detalles como en el diseño general de su estructura; y contiene, asimismo, la existencia íntegra —en cuerpo y alma, en voz encarnada, en verbo viviente— de su autor, el ciudadano Juan Rulfo, modesto redactor, editor e investigador del Instituto Nacional Indigenista.



Fotografía de Olga Cáceres

El padre literario de *Pedro Páramo* nació en un poblado de Jalisco, Venustiano Carranza, antes San Gabriel, en 1918. Salvo el rutinario trabajo —la lucha por la subsistencia, que cubre múltiples oficios y experiencias— podría afirmarse que Juan Rulfo vivió únicamente para soñar y escribir su obra, para darle aliento y existencia artística. A pesar de esa suma de malos entendidos, de *males entendidos*, que traen consigo la fama y el prestigio, Rulfo supo también defender y aclarar su obra, y la sostuvo con su presencia en congresos internacionales de escritores y en reticentes, escasas entrevistas. Rulfo, como personaje de la cultura mexicana, no se comportaba como las celebridades nacionales corrientes; no era solemne, tenía un luminoso sentido del buen humor; no se tomaba como ejemplo canónico.

Amó la lección de sus maestros en el oficio de escritor; tuvo, como es natural, muchos enemigos en nuestra jungla literaria, pocos, pero inteligentes amigos, una familia que lo quiso y lo estimuló en el oficio de vivir, y sobre todo, fue un hombre modesto, tímido, generoso; lo irritaban la promoción publicitaria, el oportunismo cultural... y nuestra empobrecida sociedad literaria de consumo. Sufrió —y supo aguantarse como hombre— la notoriedad y los equívocos que ésta segrega. Algo había que pagar por darle vida permanente a *Pedro Páramo* y al pueblo flagelado de *El llano en llamas*.

*Pedro Páramo* se afirma, en la historia de nuestras ideas y realizaciones estéticas, como la más enigmática hazaña de las letras mexicanas: una novela ejemplar, vasta y múltiple, un universo humano a luz y sombra, del que han sido eliminados la voz y los sentimientos personales del autor; una creación que comienza en el sitio y la hora en que su creador desaparece voluntariamente. El autor queda entonces entendido y asumido como el escribano: el amanuense que transcribe con laboriosa y abnegada claridad los rumores, las imágenes, la noche y el clima, el alboroto y el tránsito existencial, los sonidos, el ruido de los niños y de los animales, los murmullos, los ecos y las voces de una aldea de los altos de Jalisco. *Pedro Páramo* (ese *rencor vivo*) es fantasma que habla, que clama por su vida en los valles, en los abismos, en los claros y en las sombras de la prosa rulfiana (escritura de luces



Juan Rulfo y Juan José Arreola en 1955

remotas, oficio de tinieblas). *Pedro Páramo* es el fantasma del tirano, la niebla ominosa del cacique rural, del usurpador, del exterminador... es el espectro del poder del Estado.

Juan José Arreola, otra fuente jalisciense de prodigios literarios, cuenta en sus *Memorias* (dictadas a su hijo Orso y publicadas en 1998), respecto a la amistad con Juan Rulfo:

Nuestra amistad creció en las calles de Guadalajara, visitábamos las librerías de viejo y de nuevo, nos reuníamos en el café Nápoles, asistíamos con frecuencia al cine y alguna vez me invitó a su casa a escuchar música clásica, tenía una preciosa tornamesa RCA Victor en su mueble de madera, y muchos discos de pasta, gruesos y relucientes. En ese tiempo, Juan leía novelas de escritores norteamericanos, como John Dos Pasos, William Faulkner, Steinbeck y Willa Cather, sobre todo a Faulkner [ . . . ]. Otra actividad que realizamos junto con Antonio Alatorre fueron las largas caminatas por los alrededores de Guadalajara, especialmente los sábados y los domingos.

Dejé de ver a Juan a finales de 1945; año en que me fui a México y luego a París.

Me lo volví a encontrar hasta 1947, cuando me llevó a mi casa de San Borja, en México, su cuento "Anacleto Morones"; en esa ocasión le dije: "Ya la hiciste". Luego, en 1948, fuimos vecinos accidentalmente en la colonia Cuauhtémoc, vivimos en la misma calle de Río Pánuco. Él ya estaba casado con Clarita. En ese tiempo casi no nos tratábamos. Fue hasta que publiqué "Varia invención" y luego "Confabulario", en el Fondo de Cultura Económica, que nos volvimos a ver y a tratar, siendo ya director del Fondo Arnaldo Orfila Reynal y subdirector Joaquín Díez-Canedo, a quien le comenté acerca de los cuentos de Juan. Joaquín Díez-Canedo y Alí Chumacero saben que promoví la publicación de *El llano en llamas* y de *Pedro Páramo*.

Federico Campbell, al compendiar un balance de la obra literaria de Rulfo, la aprecia así:

La leyenda y la personalidad artística del autor [ . . . ] escapa a la mayor parte de los valores que con toda naturalidad se aceptan en la sociedad literaria mexicana: el ascenso social y político a través de la obra, la búsqueda de prestigio y de puestos públicos por la vía de la literatura, la urgencia de ir publicando innumerables libros en función de la cantidad más que de la calidad; las pompas fúnebres para los artistas nacionales en los recintos o las rotondas oficiales.

La crítica mexicana, complaciente y fácil en líneas generales, suele interpretar a su gusto, a su modo, a la luz de su mal humor, y siempre de acuerdo con las conveniencias e intereses creados, las intenciones y la propuesta intrínseca de la obra literaria. De todos modos, nadie le quitará a Rulfo lo bailado ni lo escrito. Ni tampoco a *Pedro Páramo* lo que dice para la literatura universal. “Una obra —escribió alguna vez José Emilio Pacheco— se hunde o se salva por sí misma, no por sus críticos”. Nadie puede hacerle decir a la obra de Rulfo aquello que no dice. Y lo que ella (esta obra y su autor) ha querido decirnos, está a la vista.

El escritor y cronista Campbell nos revela que durante muchos años, quizá veinte, Rulfo fue habitante de la colonia Guadalupe Inn; en la calle Felipe Villanueva “tenía en condominio un departamento, cerca del Instituto Nacional Indigenista, en donde trabajaba como editor y del que se había jubilado”; y en seguida nos da esta preciosa información sobre la vida cotidiana del escritor: “Juan Rulfo se movía en los alrededores de Insurgentes Sur. Solía ir a la terraza de la librería El Juglar, en Manuel M. Ponce, o al café El Ágora, en Barranca del Muerto”.

Respecto al legendario silencio literario de Rulfo, cuenta la gente divertidas anécdotas: ante la morbosa curiosidad de periodistas alineados —y alienados—, de estudiantes de Filosofía y Letras en busca de exhaustiva tesis rulfiana, de becarios del Centro Mexicano de Escritores —del que era uno de los jueces más benévolos—, y de toda laya de literatos e intelectuales industrioses, y frente a la temeraria e incómoda recriminación a ese silencio, Rulfo, humorista de rango, como un Bernard Shaw de nuestros salones literarios, contraatacaba: “Claro, señora, si usted tiene tiempo, le leo mi última novela, son mil quinientas páginas”; o bien: “Hay que dejarle el paso a los jóvenes”; o si no, cuando estaba hartado: “¡Qué carajos le importa!”. Pero ante la sincera sugerencia de un amigo: “A mí me gustaría que volvieras a escribir porque a lo mejor eso te haría menos infeliz”, dice Campbell que Rulfo respondió, sinceramente: “No, yo... yo sufro mucho cuando escribo”.

En la visión de Rulfo, el verdadero escritor, el poeta, sufre como una condena la tarea literaria, y sólo cuando esa condena ha sido cumplida, cuando el espíritu y su escribano, en complicidad secreta, atan y aprueban la justeza y la fatalidad —la belleza, la claridad, la unidad y la gracia, a más de la malicia, la amenidad y el oficio— de la página escrita, o de la obra terminada, el escritor siente solamente eso, que ha cumplido... No es esto la felicidad, aunque quizá signifique o logre la salvación personal del autor, la liberación de los fantasmas que lo asediaban... se obtiene entonces cierta serenidad, cierto alivio.



Fotografía de Juan Rulfo



Fotografía de Juan Rulfo

Así escriben, así han escrito, con ese rigor y esa conciencia, los grandes creadores de nuestra historia literaria: César Vallejo, Neruda, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Juan Carlos Onetti, Alejo Carpentier, Ermilo Abreu Gómez, Ernesto Sábato, José Revueltas, García Márquez, Mújica Laínez y otros, pero pocos.

El escritor no debe ser una vedette, un producto de consumo, un servidor de la estrategia o la mercadotecnia editorial, un publicista del Estado... o un “animador” de Televisa. Tampoco debe ser un mensajero de intereses de partido. El escritor únicamente debe servir a la obra a que lo condenó el Espíritu. Su tarea consiste en iluminar, en recrear y en expresar la existencia: el mundo que le tocó vivir. Y por eso tiene que mirarlo y sufrirlo, hacerlo encarnar en la obra literaria.

Invocaré para terminar, unas palabras de Rulfo que explican, mejor que las mías, la idea y el propósito esencial de su novela *Pedro Páramo*; cómo la concibió y la construyó. Pertenecen a unas declaraciones suyas a Joseph Sommers:

—Pues en primer lugar, fue una búsqueda de estilo. Tenía yo los personajes y el ambiente. Estaba familiarizado con esa región del país, donde había pasado la infancia, y tenía muy ahondadas esas situaciones. Pero no encontraba modo de expresarlas. Entonces, simplemente lo intenté hacer con el lenguaje que yo había oído de mi gente, de la gente de mi pueblo. Había hecho otros intentos —de tipo lingüístico— que habían fracasado porque me resultaban un poco académicos y más o menos falsos. Eran incomprensibles en el contexto del ambiente donde yo me había desarrollado. Entonces el sistema aplicado finalmente, primero en los cuentos, después en la novela, fue utilizar el lenguaje hablado que yo había oído de mis mayores, y que sigue vivo hasta hoy.

Entonces, al leer la obra de Juan Rulfo, hecha con el lenguaje de la gente del pueblo, quizá lleguemos a intuir: ¿quién es *Pedro Páramo*; está muerto o vive todavía? Pero sobre todo, a fuerza de leer y de dialogar con esa obra admirable —hecha de espejos, tejida con miradas y rumores— sabremos también quiénes somos, a qué hemos venido a esta Comala tan nuestra, si estamos vivos o muertos, y sabremos también cómo usar ese deber y privilegio —tan antiguo, tan mexicano— de poner sobre el muerto las coronas. LC